

de ira general, á ser todavía cristiana, pero que ha sido ratificada por el escándalo de su silencio. Ya, pues, todo se consumó para ella: la obra del Protestantismo ha llegado á su último término, porque nada queda que reformar en el Cristianismo, despues de reformado su divino Autor... y ¡esa es la religion que en nuestra época se intenta imponernos!!!...

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme hecho nacer en el gremio de la verdadera Iglesia; ¡ojalá podamos consolarla por medio de la santidad de nuestra conducta!

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rogaré á menudo por la conversion de los herejes.*

«Jesucristo, Abrahan, Moisés y los Profetas, y entre nosotros hay muchísimos cristianos que lo hacen con sus palabras y escritos. Solamente los que explican como hechos naturales los milagros del Nuevo Testamento formarían una legion, y sus adeptos son tan numerosos como las estrellas del firmamento.

«¿Quién duda que nuestros sermones, aun los de los intendentes y superintendentes generales, de los oradores de la corte y de los principales capellanes, podrian sin inconveniente predicarse en una sinagoga judía ó en una mezquita turca, con solo sustituir á los nombres de Jesucristo y Cristianismo, usados por mera fórmula, aquellos en que el predicador cree junto con los preceptos y doctrinas de la razon, y de los filósofos Sócrates, Mendelsohn, Mahoma, etc., etc.? Tal es el abuso, que si un hombre hoy día predica la palabra de Dios pura y sin alteracion, si lo hace provechosamente confundiendo al incrédulo, conmoviendo al indiferente, confirmando en su fe á los amigos de Jesucristo, luego se dice: *Ese hombre profesa el papismo.*»

Véase la obra del doctor V. Hœningaus, protestante converso, titulada: *Resultado de mis excursiones por el campo de la literatura protestante; ó necesidad de reincorporarse á la Iglesia católica demostrada exclusivamente por las confesiones de los teólogos y filósofos protestantes.*—No puede menos de admirarse la osadía de la empresa de este escritor; solo diremos que entre las autoridades que aduce en número de *mil ochocientas ochenta y siete*, no hay una sola de autor católico.

LECCION XLVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.
(SIGLO XVI, CONTINUACION).

La Iglesia defendida: concilio Lateranense; Orden de san Juan de Dios: Jesuitas; san Ignacio; san Francisco Javier.

Hemos reconocido en la leccion que antecede el campamento enemigo de la Iglesia y los heresiarcas de que el demonio se valió durante el siglo XVI para menoscabar en la tierra la obra de la Redencion; y en verdad, nunca sus esfuerzos fueron mas terribles, pero está escrito que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia¹. Al ejército enemigo Dios opone dos concilios generales, varios Doctores igualmente notables por su genio y por su santidad, cincuenta y nueve Órdenes ó congregaciones religiosas, y en fin, para resarcir las pérdidas sufridas en Europa, regala á su amada Esposa la América, las Indias y el Japon. Así pues, al propio tiempo en que el Protestantismo se sentaba victorioso sobre las ruinas de los altares y templos católicos que él habia derribado en muchos puntos de Europa, cuando se jactaba de asistir á los funerales de la Iglesia romana, esa Iglesia muestra mas superabundancia de vida y despliega sus fuerzas con nueva y prodigiosa majestad.

«Ved en Italia, en España, en Francia, cincuenta y nueve reformas ó nuevas Órdenes creadas para la educacion, la instruccion y la beneficencia, dirigidas á poner al servicio de la Iglesia todas las fuerzas disponibles y encarrilar insensiblemente por el mismo camino á las futuras generaciones. Pásmome ante las grandiosas figuras de esta época, los Carlos Borromeos, los Ignacios, los Franciscos Javier, los Franciscos de Sales, las Teresas, los Pablos Justiniani, los Cayetanos de Thiena, los Pedros Caraffa, los Romillon, los Berullos, los Felipes de Neri, los Hugos Menardo, los Azpilcuetas, los Juanes de Dios, los Belarminos, los Baronios, los Vicentes de Paul, etc., etc.

«Veo á lo léjos el esplendoroso edificio de la Iglesia católica, eri-

¹ Matth. xvi, 18.

«gido en la América del Sur, donde la conquista se convirtió en misión, y la misión se hizo civilizadora; miro en las Indias orientales, «gran centro conquistado por el Catolicismo, la ciudad de Goa y «sus contornos, donde en 1565 contábase hasta trescientos mil «cristianos nuevos; observo en el Japon otros trescientos mil cristianos en 1579; y posteriormente en 1606 trescientas iglesias y treinta «casas de Jesuitas fundadas por el P. Valignano, y últimamente, á «pesar de los furiosos de la persecución, doscientos treinta y nueve «mil trescientos treinta y nueve japoneses, convertidos desde el «año 1603 al de 1622; veo además en China la primera iglesia de «Nankin consagrada un año despues de la muerte del célebre Padre Ricci, quien empezaba siempre dando lecciones de matemáticas para acabar por la Religión, y en 1616 varias iglesias cristianas se elevan en las cinco provincias del imperio. Ningun año «pasaba entonces sin que se convirtieran millares de individuos, no «obstante la viva resistencia de las religiones nacionales constituidas «en Oriente; entre otros ochenta bramines convertidos por el P. Nobili en 1609, tres príncipes de la familia imperial de Akbar en el Mogol, convertidos por Jerónimo Javier, sobrino del Santo, en 1595; «la comunidad nestoriana, devuelta á la fe; en Abisinia, Selachristos, hermano del emperador, seguido de otras muchas personas, y «luego el emperador Seltan Seguel comulgando segun el rito católico.

«Trasladémonos á Roma y verémos distinguirse por un mismo «carácter de austeridad religiosa cuantas eminencias ó capacidades «descuellan en política, administración, poesía, artes, ciencias, tocando y reanimando la Iglesia con su hálito vivificador las fuerzas «enervadas ó corrompidas de la existencia, y dando al mundo nuevo impulso, nueva fisonomía.

«¡Qué prodigiosa actividad! La antigua Roma abraza al mundo «entero, penetra á un tiempo en las Indias y en los Alpes, envía «sus representantes y defensores al Tibet y á la Escandinavia; y sin «embargo en toda la extensión de ese inmenso escenario, véisla doquier siempre jóven, enérgica, infatigable, transmitiendo del centro á la circunferencia una impulsión que léjos de debilitarse con «la distancia, se reproduce quizás con mayor brio entre los obreros «situados en aquellos países lejanos ¹.»

¹ *Historia del Papado* por Leopoldo Ranke, autor protestante segun tristemente lo acredita su obra en varios pasajes.

Antes de desplegarse la herejía de Lutero, la Iglesia, solícita siempre por el bien de la cristiandad, habia congregado en San Juan de Letran de Roma su décimoséptimo concilio general, el año de 1512, cuyo principal objeto fué reanudar la paz entre los príncipes cristianos y formar una liga contra el Turco, enemigo siempre inminente de la Religión y de la civilización europea; pero gracias á Lutero, que con sus errores sembró la discordia en Alemania, esta liga no se llevó á efecto, y los musulmanes pudieron á mansalva asolar las provincias cristianas adyacentes á su imperio.

Al propio tiempo que la Iglesia velaba por la conversión de sus hijos, justificábase á la faz del universo de los viles cargos y calumnias con que el apóstata de Wittemberg trataba de mancillarla. Decía entre otras cosas á esta santísima Esposa de Jesucristo, que era una Babilonia, una prostituta, la voz de Satanás, y que carecía ya de verdad, santidad y caridad; pero *el árbol se conoce por el fruto*, como dice el Señor: *todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos* ¹. Así, mientras el Protestantismo predicaba guerra á los grandes, el saqueo de los bienes eclesiásticos, el libertinaje á los religiosos, y todo lo ponía en combustión, la Iglesia ofrecía al mundo uno de los presentes mas hermosos que haya podido hacerle, una prueba tan tierna de maternal caridad, que es imposible no reconocer en ella á la Esposa siempre legítima y verdadera del Dios de caridad.

Las bastardas pasiones puestas en agitación por las doctrinas de Lutero y de Calvino, los trastornos que esto habia de producir, así como la decadencia y la pérdida general de la fe, todo eran concausas para el desarrollo de la enfermedad mas ominosa que á los hombres pueda afectar: la demencia iba á generalizarse aumentándose el número de locos hasta una proporción desconocida aun en Europa. Sí, preciso es ya decirlo, despues que la ciencia ha sancionado este hecho y formuládolo en términos casi matemáticos: *De la pérdida de la fe á la de la razón no hay mas que un paso, y cuanta menor fe se observa en un pueblo, mas locos hay en él* ². Pero felizmente

¹ Matth. vii, 16, 17.

² Véanse las sabias investigaciones del Dr. Esquirol. El progreso de la locura desde la Reforma acá es un hecho tan notorio, que hasta ha llamado la atención de los hombres de mundo: en la sesión de la cámara de los Pares de 5 de febrero de 1838 se hizo constar que el número de locos habia aumen-

hé aquí á la Iglesia que sale á atajar esta nueva calamidad y que remediará el daño causado principalmente por la herejía. Fúndase en aquel entonces la Orden de san Juan de Dios, cuyos religiosos, además de los tres ordinarios votos, forman el de asistir á los enfermos y en particular á los pobres orates. ¡Oh caridad católica, cuán admirable eres! Conociendo la flaqueza y veleidad del humano corazón, lo sujetas con lazo indisoluble, aquí á la cabecera del apestado, allí en el calabozo del esclavo, acullá en la jaula del loco; ¿y aun se dirá que nada tiene de sobrenatural una religion que hace diez y ocho siglos realiza tales milagros? Si este gran milagro de caridad no procede de Dios, ¿de dónde procede?

San Juan de Dios fué el fundador de la nueva Orden: nació en Portugal el año 1495 de unos padres poco aventajados en bienes de fortuna, pero piadosos y caritativos. El deseo de ver mundo le impulsó desde muy jóven á dejar patria y familia; pero su partida aflujió de tal modo á su madre, que falleció á las tres semanas. El vlandero mancebo, privado de todo recurso, se vió luego en tanta miseria, que hubo de ponerse á servir para ganarse la vida, y en este concepto acomodóse con un cabrerizo que le dió á guardar sus reses. Contaba á la sazón diez años: durante algunos mas permaneció en el mismo empleo con toda la inocencia de un verdadero cristiano; pero habiendo despues tenido la desgracia de sentar plaza en una compañía de soldados, los hábitos licenciosos de éstos inficionaron su virtud, y poco á poco fué perdiendo el temor de Dios, olvidando casi todos sus ejercicios de piedad. Dios sin embargo vela por sus elegidos, y si consiente que incurran en algunas faltas, es para que conozcan toda su flaqueza y edifiquen á la Iglesia con su penitencia. Poco tiempo siguió Juan en semejante desarreglo: paseando un dia á caballo, fué derribado por éste, y quedó lastimado de manera que por mucho rato quedó privado de movimiento y de palabra; pero al volver en sí, comprendió el gran peligro en que se habia hallado de perder la vida, y empezó á hacer sérias reflexiones sobre el estado de su alma. Entonces, puesto de rodillas, se encomendó á María santísima proponiéndose mudar de vida, y efectivamente, fiel á su promesa, dejó el ejército y volvió á su primer estado de pastor.

tado prodigiosamente en Inglaterra desde el tiempo de Enrique VIII. Ya en el siglo pasado un médico italiano calculó que en Italia, á proporcion de su poblacion habia siete veces menos locos que en los países protestantes.

Alejado del ruido de las armas, Juan recordó lo que fuera en su mocedad, y este recuerdo le causó el pesar mas vehemente: desde luego dedicó gran parte del dia y de la noche á las prácticas de devocion y mortificacion, y deseoso de satisfacer del todo á la divina Justicia, creyó que nada seria tan meritorio como consagrarse al servicio de los desvalidos. Llevando, pues, á ejecucion este designio, pasó á África con ánimo de prestar á los esclavos cristianos cuantos auxilios y consuelos dependerian de él, y acaso tambien esperando encontrar allí la corona del martirio que anhelaba con ardor, pero luego por consejo de su confesor volvió á España. Habiendo casualmente asistido á un sermon del P. Juan de Ávila, famosísimo orador de aquel tiempo, quedó tan conmovido que se puso á llorar, y á lamentarse y gemir en la iglesia, y en seguida, pasando á hacer una confesion general, ya no pensó sino en ser útil á los pobres y á los enfermos. Durante el dia estaba fijo á su cabecera prodigándoles los mas tiernos cuidados y prestándoles los servicios mas ingratos á la naturaleza; hácia las nueve de la noche salia á mendigar por ellos andando calles con una banasta á la espalda y unas fiambresas debajo el brazo, sin arredrarse por frio, viento ó temporal, y pidiendo en alta voz por sus caros enfermos decia: ¡*Hermanos, hermanos, favoreceos por amor de Dios!* Por este medio tan singular, aunque altamente filosófico de pedir limosna, hacia salir toda la gente á la ventana y recaudaba copiosos donativos. La ciudad de Granada, donde pasaba esto, vió con edificacion semejante conducta, y como algunos piadosos cristianos se reuniesen á este siervo de Dios, organizóse en breve una congregacion que se llamó *de la caridad de san Juan de Dios*, á la cual dió su aprobacion el santo papa Pio V.

Siguió Juan consagrándose á estas obras de misericordia hasta el fin de sus dias; pero como era pobre él mismo, carecia aun de lo mas preciso. Durante su última enfermedad, una señora que fué á visitarle le encontró acostado en su zahurda con sus propios vestidos, cubierto solo en lugar de manta con una andrajosa ropilla, y descansando la cabeza en el banasto de mendigar sustituido á la piedra que ordinariamente le servia de cabezal; al rededor de él estaban vertiendo lágrimas los pobres y enfermos á quienes solia socorrer. Pasó entre otros á verle el obispo de la ciudad, y habiendo celebrado misa alli mismo y administrado al paciente los últimos Sa-

cramentos, arrodillado éste al pié del altar donde había comulgado, espiró el día 8 de marzo de 1550.

Dijimos que el instituto principal de los Hermanos de san Juan de Dios era asistir á los dementes. La locura, entre todas las enfermedades que pueden afectar al hombre, es sin disputa la mas humillante y aflictiva, porque el loco, privado de su razon, es lo mismo que un animal, y á veces un animal furioso, en cuyo estado no puede esperar del mundo mas que desprecio, escarnio y abandono; y desechado por sus parientes, encerrado como un criminal en sombrío calabozo, sujeto al trato mas duro, se irrita, se exaspera, y encendiéndose todavia mas su sangre, acaba por rematarse para siempre. Afortunadamente el Cristianismo, médico de todas las dolencias de la humanidad, les tendió una mano amiga, apropióse sus dolores, y los frutos de su celo llegaron á ser incalculables.

La primera diligencia de los Hermanos de san Juan de Dios fué establecer hospitales particulares, muy ventilados, provistos de buenos patios y huertas y de aquellas comodidades que hacen agradable la vida y pueden contribuir á templar la exaltacion de los infelices dementes. En esos institutos los locos no son molestados ni encerrados en aquellas jaulas donde acaban de perder lo poco que de razon les queda, antes al contrario pueden circular todo el dia por donde les place, dentro de la casa, sin que los religiosos empleen para dominarles otros medios que la suavidad y tiernos desvelos, merced á los cuales la calma se restablece en aquellos cerebros perturbados, y muchas veces los religiosos de san Juan han tenido la suerte de volver á sus familias miembros que se creian para siempre perdidos.

Cuando la Orden de san Juan de Dios tomó sobre sí esta tarea, hallábanse tan arraigadas las prevenciones contra la locura, que no sin harta dificultad lograron el permiso de llevar á cabo su designio, por manera que las mismas autoridades, á fin de retraerles y persuadirles que toda tentativa seria inútil, les llevaron á las mazmorras nauseabundas donde los dementes, mas furiosos yacian; pero en esta empresa, así como en todas aquellas á que el Cristianismo ha dado el ser, vióse indefectiblemente resplandecer el sello divino por medio de un milagro que, dando la razon á aquellos buenos hermanos, probó que su generoso sacrificio era muy grato á Dios.

En lo mas secreto de los calabozos estaba sobre un monton de paja el loco que pasaba por ser el mas furioso, amarrado de piés y manos á unas argollas fijas en el muro, comprimido por una pieza de hierro que le impedia todo movimiento, y cubierto de miserables andrajos, muestra de las violencias que solia ejercer consigo mismo, y del peligro que habia en acercársele demasiado. Á sus piés habia una vasija quebrada y un pedazo de pan negro emporcado con excrementos, único y triste manjar de aquel infeliz. Cuando vió á lo léjos y á la luz de las antorchas que los guardas llevaban acercarse el grupo de los que iban á verle, dió un furioso salto removiendo sus cadenas, y tomó un ademan amenazador, con el pelo erizado, los ojos chispeantes y vueltos en blanco, presentando una mezcla singularísima de idiotismo y frenesí; lo cual, unido á lo tétrico del local, y al silencio solo interrumpido por el choque de las cadenas, daba á aquella escena un carácter imponente y terrible, capaz de intimidar á otros que no fuesen cristianos penetrados del espíritu de Dios.

Al llegar á cierta distancia los guardas se pararon, pero el superior de los Hermanos de san Juan de Dios avanzó osadamente hácia el loco, le abrazó con efusion, y pasándole la mano por encima como cuando se halaga á un animal, dióle á entender con sus caricias que no llevaba intencion de hacerle daño. Entonces en lugar de enfurecerse el loco dejó ver en sus miradas una indecible admiracion, pues de muchos años á aquella parte solo conocia á los hombres por sus malos tratos y por los golpes que le daban, siendo para su débil inteligencia un prodigio inexplicable ver á un hombre que no solamente no le maltrataba, sino que con la mayor suavidad manifestaba compadecerse de sus penas y dolores. Desde entonces, pues, el religioso se hizo absoluto dueño del prisionero, y con gran asombro de los acompañantes mandó quitarle las cadenas, lo vistió decentemente, y tomándole del brazo le acompañó á la casa que tenia ya dispuesta. Un año despues, ese loco tan peligroso habia vuelto al seno de su familia, en medio de sus hijos, con los cuales, bendiciendo á los caritativos Hermanos de san Juan, daba gracias al cielo de que se los hubiera enviado para volverle la libertad, la razon y la existencia ¹.

¹ Véase Butler, 8 de marzo; Helyot, t. IV, pág. 131; *Historia de los beneficios del Cristianismo*, t. I, pág. 147.